



Pues... Manuel Vilas nació el 19 de julio del año 1962 en la localidad oscense de Barbastro (España) en el seno de una familia de clase media.

Estudió Filología Hispánica y trabajó como profesor de instituto. Desde joven dedicó parte de su tiempo a la lectura, siendo uno de sus autores favoritos el checo Franz Kafka. Otros escritores preferidos de Vilas son Juan Rulfo, Miguel de Cervantes, Camilo José Cela, Benito Pérez Galdós o Antonio Machado.

Comenzó su carrera literaria en los años 90 escribiendo poemas y publicando títulos como “El Rumor De Las Llamas” (1990), “El Mal Gobierno” (1993) o “El Cielo” (2000). En el 2002 apareció su primer libro de cuentos, “Zeta” (2002). Más tarde volvió a la poesía con “Resurrección” (2005) y “Calor” (2008), libro con el que ganó el Premio de Poesía Fray Luis de León. Su primera novela se tituló “España” (2008), libro autodefinido por el oscense como un delirio. Un año después publicó “Aire Nuestro” (2009), novela con referencias a Johnny Cash o a Sergio Leone, personajes de una nueva cadena de televisión española independiente e hiperrealista.

“Gran Vilas” (2012) le retomó como autor poético. El mismo año apareció su tercera novela, “Los Inmortales” (2012), extravagancia posmoderna con un futuro en el que se descubre un manuscrito en la Galaxia Shakespeare. En el año 2013 publicó “El Luminoso Regalo” (2013), novela con el protagonismo de un escritor de éxito, seductor y sexual. Volvió a la poesía con “El Hundimiento” (2015). El mismo año publicó “Setecientos Millones De Rinocerontes” (2015), libro sobre reflexiones, recuerdos, un retrato de dolores psicológicos con el rinoceronte como existencia.

En “Lou Reed Era Español” (2016) narra peripecias ficticias en España de Lou Reed, uno de los músicos favoritos del autor.

Con “Ordesa” (2018), libro confesional, lírico, de carácter autobiográfico sobre reflexiones vitales marcadas por las pérdidas de familia y el paso del tiempo, amplió su público. Un año después fue finalista del Premio Planeta con “Alegría” (2019), en donde retomó de nuevo cavilaciones en torno al pasado y el presente con un escritor en busca de felicidad.

Fonte: <https://www.alohacriticon.com/literatura/escritores/manuel-vilas/>

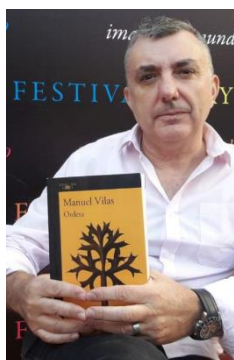


"Ordesa": la notoriedad de los días en los que creímos que no fuimos felices

Por Ángel Silvelo Gabriel (Todo Literatura, 2020)

Afrontar la muerte desde la verdad. Esa que permanece escondida en un baúl de nuestra memoria. Y abrirla. Abrirla para darle luz y quitarle el polvo. A cada capa de polvo que le quitamos extraemos el desarraigo, la soledad, la infancia y, sobre todo, la notoriedad de los días en los que creímos que no fuimos felices.

2



Ahíto de felicidad nos convertimos en exploradores de los rayos de sol en nuestro fragmentario pasado. Como si, en realidad, se nos hubiese proporcionado la oportunidad de revivir nuestra vida desde el vacío que supone la orfandad, la desavenencia y el rechazo. Todas ellas armas del estrato familiar y social que nos ha acompañado a lo largo de la vida. Ese parón en seco nos produce una sensación de vértigo y sobrecitación que nos lleva a elevar el tono de nuestros sentimientos, y encontrar en las sombras que los poseen, esa luz que antes nunca vimos. Y, que ahora, con tan solo abrir la tapa de ese baúl del tiempo, los redescubrimos con un manto de luz que nos ayuda a enfrentarnos a esa verdad que es solo nuestra, aunque con ella también destapemos la de toda una generación de generaciones que recorren la vida pública, cultural y política de la España de los últimos cincuenta años.

Españas de Seat Seiscientos, lavavajillas, segundas residencias. Y montañas. Montañas como *Ordesa* que, en el caso de la novela de Manuel Vilas, es el testigo justiciero del paso del tiempo. Por lo inalterable. Y aterrador que se nos presenta su colosal magnitud ante nuestra insignificante existencia. Existencia diminuta como una hormiga y, que sin embargo, retrata los hechos más inconfesables de toda una vida. Ese repaso post-alcohólico de la vida y su verdad que realiza Manuel Vilas en *Ordesa* es comparable al que hace Scott Fitzgerald en *El Crack-Up*, en el que comparte con Vilas ese retrato de la grieta interior que nada más que uno conoce. Y la exploración de la herida que ésta provoca. Una herida muy próxima al vacío. Ese estado mental en el que se aborda el suicidio y la náusea moral.

Afín a ese destierro de la existencia, la narrativa de Vilas es un exponente patrio de la huida y la búsqueda de la felicidad presente en la novela norteamericana de la segunda mitad del s. XX en adelante, como por ejemplo ya ocurre En el camino de Jack Kerouac. La valentía irreverente de Charles Bukowski en cualquiera de sus relatos autobiográficos. O en las novelas de John Fante. Todos ellos ejemplos de la revisitación de la autoficción al servicio de la ficción nómada y sin más anclajes que el de la realidad. Una realidad poseída por la determinación, el dolor y el miedo que supone visitar nuestras propias heridas. Ya cicatrizadas, pero siempre visibles, como las pinceladas finales de un cuadro. Materia e ilusión. Descenso y esperanza. Música y danza. Una música reconvertida en la gran Historia de la Música universal a través de los nombres con los que Vilas rebautiza a sus seres queridos. Música de músicas. De múltiples ritmos y frecuencias. De ritmos altos y melodías interminables, igual que la canción de nuestra propia vida.

Vida exigua, anónima y perdida por los anaqueles del tiempo. Música que a su autor le sirve para afrontar la búsqueda de la felicidad tras la muerte de sus progenitores. Y la orfandad que ésta lleva consigo. Una búsqueda de egoísmo y rabia que indaga en descifrar el silencio reinante en un pasado teñido de penumbras. Un silencio que necesita de la aceptación de lo que uno fue y de lo que se ha convertido. *Ordesa* es una historia universal del ser humano que necesita reconstruirse a sí misma con la voz de la lujuria presente en nuestro día a día. Días de derrotas y victorias. Anhelos y decepciones. Ruptura y esperanza. Espacios en los que esculpimos la notoriedad de los días en los que creímos que no fuimos felices.

Fonte: <https://www.todoliteratura.es/noticia/52571/criticas/manuel-vilas-ordesa:-la-notoriedad-de-los-dias-en-los-que-creimos-que-no-fuimos-felices.html>

**‘Ordesa’: el mejor libro de 2018**

Por Juan José Millas (El País)

La obra de Manuel Vilas llegó a las librerías cabalgando sobre una ola de espuma que al retirarse la dejó en la orilla

3

Ordesa es el resultado de una hazaña verbal en la que las oraciones gramaticales se despliegan ante los ojos del lector al modo de un grupo de fuerzas especiales dispuestas a conquistar un nido de ametralladoras. Por nido de ametralladoras entendemos los lugares comunes que podrían haber arruinado sus páginas al acometer Vilas la historia de una familia estándar en la España de los sesenta hacia delante, más o menos. Si al referir tramas originales la lengua nos arrastra de manera inclemente al tópico, ¿cómo defenderse de él al describir una familia normal en una ciudad de provincias homologada hasta el paroxismo? ¿Cómo no tropezar en vulgaridades costumbristas al relatar las aventuras y desventuras de un viajante de comercio, experto en telas, que va de un sitio a otro en busca de la sombra de un árbol bajo la que aparcar su Seat 1430, símbolo de una victoria textil en una España de alpargata? ¿Cómo no caer en sentimentalismos reglados al evocar los delirios de grandeza de la madre muerta, de un abuelo suicidado, de un tío incapaz de salir adelante, de la roña generalizada desde la que el narrador surge a la vida y al alcohol y al matrimonio y a la paternidad y a la literatura?

¿Cómo hacerlo?

Con estrategias gramaticales, suponemos. Así, la sintaxis de *Ordesa* recuerda a veces al movimiento de las olas del mar. Las ves venir cargadas de retórica, dispuestas a dejarte con la boca abierta, pero las ves retirarse enseguida abandonando sobre la superficie tersa, como recién afeitada de la arena, pequeños restos biológicos o antibiológicos: un cangrejo chico al que le falta una de las pinzas, una estrella de mar, un conjunto de algas descompuestas, una piedra con la forma de un dedo índice, un peine de plástico desdentado, un frasco de colonia vacío, una lata oxidada de pastillas de mentol, un zapatito de bebé, una cáscara de naranja... Una representación del mundo, en fin, donde siempre esperamos hallar la botella del naufrago con la carta de petición de auxilio o el mapa del tesoro. La buscamos cada vez que bajamos a la playa, no importa que tengamos 6 años o 60. ¿Por qué? Porque esa carta la escribimos nosotros mismos en otra vida para darle sentido a esta.

Ordesa es la carta del naufrago que esperábamos desde hacía años. Llegó a las librerías cabalgando sobre una ola de espuma que al retirarse la dejó en la orilla, abandonada entre una cantidad notable de restos de lo más variado. No destacaba por su título ni por su portada, tampoco por el nombre de su autor, que no era conocido fuera de determinados circuitos. Pero bastaba leer la primera página para advertir que aquella llamada de socorro venía de lo más hondo de nosotros mismos. Nos reclamaba porque en cierto modo, además de sus protagonistas, éramos también sus autores. Parecía una obra colectiva porque veníamos de ahí, de los mismos paisajes morales que se describen en el libro, de las mismas ambiciones económicas, de idénticos anhelos estéticos, de semejante locura. Describía con palabras nuevas, ordenadas de una manera insólita, lo que habíamos sido y aquello de lo que pretendimos salvarnos. Por medio de una prosa que iba y venía en un vaivén hipnótico, alternaba la fiereza con la piedad, el sí con el no, el ahora con el ayer. Total, que tras leer esa primera página nos la llevamos a casa.

Fonte: https://elpais.com/cultura/2018/12/13/babelia/1544717488_873659.html



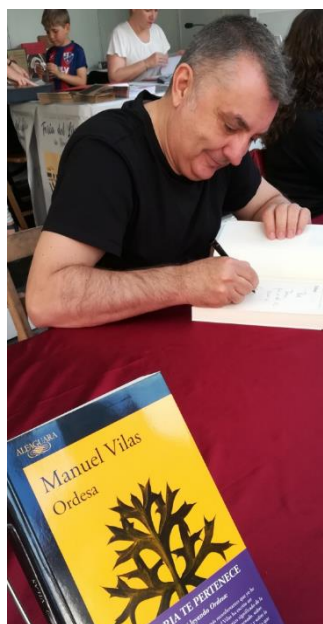
Los rugidos de la verdad

Por Domingo Ródenas de Moya (El Periódico, 2018)

Manuel Vilas compone en este libro de memorias un hermoso ejercicio de introspección

Este libro ruge. También ronronea a veces. No es una de estas autoficciones de moda, no es una autobiografía ni una novela strictu sensu, es un registro narrativo del más apabullante de los duelos: el duelo por uno mismo recubierto por el duelo hacia quienes nos amaron y a quienes, de pronto, descubrimos como autores de lo que somos.

A Manuel Vilas le ha llegado la hora de la verdad. En sentido literal. No se trata solo de encararse a la escritura sin el adobo de la ficción, sujeto a la austeridad de lo acontecido, sino la de escarbar con las uñas en su propia vida pasada e irrecuperable, la de su infancia de niño pobre de los años sesenta y setenta, la del mundo familiar que crearon para él y en el que reinaron sus padres. Son ellos, de hecho, los protagonistas de este descenso a las capas más profundas y olvidadas del tiempo, allí donde la herencia genética y la clase social y el entorno familiar fraguaron la personalidad del sujeto, de Vilas o de nosotros mismos. Esta espeleología hacia las raíces solo puede emprenderse desde el estremecedor desamparo elegíaco de quien siente la helada requisitoria de la muerte, porque sus progenitores ya no están y sus descendientes, cuando los hay (como aquí), ya viven en un escenario donde él es un figurante prescindible. Desde esa paradójica meseta de profundidad todo el paisaje vital se vuelve quebradizo y esencial y las personas y los hechos y las cosas revelan su fugacidad y su hermosura.



Rescate moral y afectivo

Vilas ha sabido registrar ese descenso a sí mismo a través de las figuras de su padre y su madre, como astros recién descubiertos que le han obligado a volver a trazar el mapa de su firmamento particular. Ahí están ellos, orígenes y causas eficientes, con sus excentricidades y lados sombríos en cierto modo inscritos en su ADN. Una especie de lealtad moral le ha prohibido a Vilas el uso de maquillaje, pero eso mismo confiere a su evocación una pasmosa transparencia que puede pasar, en algún momento, por inmisericordia. Sin embargo, el escritor escapa a uno de los riesgos del autobiografismo descarnado, que es la autoflagelación, la exhibición de la propia miseria, el recuento morboso de infiernos cotidianos como puedan ser el alcoholismo o el descalabro de un divorcio. Acierta, nada de eso era necesario. Su propósito no es el autorretrato sino el rescate de un espacio moral y afectivo (también material) del que apenas van quedando testigos.

En secuencias que oscilan adelante y atrás en el tiempo, Vilas rescata fragmentos de ese espacio, los evoca y juzga sin indulgencia y exhuma la sustancia que mantenía unido aquel universo de elementos precarios: el amor. Un amor que no se sabe expresar ni agradecer pero que es como la fuerza nuclear fuerte que asegura la unión de protones y neutrones, pero también como la luz que baña una realidad llena de sufrimiento, derrota y absurdo. No cabe duda de que *Ordesa* tiene una función purgativa para el autor, pero también supone una catarsis para el lector, porque su inquisición sobre qué, quién y para qué es él se proyecta en un inquietante qué, quienes y para qué somos nosotros. Esa generalización traslada la imagen de una familia concreta a la del país menesteroso y disparatado en que vivió, la España de la que escribió Vilas en 2008 y que, en uno de los poemas que cierran el libro, se reduce a la «solemne nada histórica». Ni siquiera las ingeniosidades ásperas de Vilas suavizan el efecto sobrecogedor de este poderoso testimonio.

Fonte: <https://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/20180213/ordesa-manuel-vilas-critica-6619644>



Ordesa, de Manuel Vilas, y otros libros sobre la vida

Por Carlos Martínez Gorriarán (El Asterisco, 2018)

*“Ojalá pudiera medir el dolor humano con números claros y no con palabras inciertas.
Ojalá hubiera una forma de saber cuánto hemos sufrido, y que el dolor tuviera materia y medición.
Todo hombre acaba un día u otro enfrentándose a la ingravidez de su paso por el mundo.
Hay seres humanos que pueden soportarlo, yo nunca lo soportaré.”*

5



Este es el arranque de *Ordesa*, el libro de Manuel Vilas. Hablé de ese libro a mis alumnos de Filosofía y Literatura y lo describí como un libro que trata de la necesidad de amor y su extrema dificultad; sigo creyendo que es un buen resumen. Por lo demás es, felizmente, una obra inclasificable. No porque el tema sea oscuro, pues no puede ser más claro: es la penumbra un tanto temblorosa de la existencia corriente, iluminada por algunos destellos de luz entre numerosos apagones. *Ordesa* forma parte de una literatura emergente que aún no dispone, para clasificarla, de una categoría tradicional como las de novela, autobiografía, memorias o poema. *Ordesa* tiene un poco de todo esto; acaba rematada con un poemario-epílogo titulado *La familia y la Historia*. Pero como sucede en las obras de arte conseguidas, donde el conjunto es mucho más que la suma de sus partes, este libro es mucho más que una síntesis de géneros.

Manuel Vilas ha escrito un libro sobre el amor torturado por la dificultad de comunicarse, como habría querido con su padre y madre, y luego con sus hijos. *Ordesa* muestra la insondable profundidad de sentimientos de soledad, tristeza, privación, desvalimiento y desdicha, de todo eso que nos hace tan vulnerables. Pero también son sentimientos que nos hacen tal como somos, no sólo a veces tristes cenizos y patéticos amantes no correspondidos, sino seres vivos con chispa, generosos, sensibles e imaginativos, activos y creativos aún viviendo a remolque de la experiencia y el presentimiento de la pérdida irreparable, de la devastación sin remedio que ha traído y traerá la muerte. Y, pese a todo, capaces de sentir, dar y recibir amor, pues en esa “ingravidez de su paso por el mundo”, insoportable y desarraigada, hay destellos de misterio, momentos de asombro, logros, pequeñas dosis de felicidad memorable. Pasar por toda esta perturbación es el precio que pagamos por el milagro de ser conscientes, y esta es una literatura perturbadora que te sumerge en ese aspecto de la conciencia.

Pero si crees que hablamos de una autobiografía te equivocas. *Ordesa* no ofrece unas memorias al viejo estilo, aunque contiene material autobiográfico y su eje narrativo es la memoria. Muchas veces una memoria más disruptiva e incluso intrusa que otra cosa (también trata de cómo no podemos olvidar).

Las memorias clásicas eran libros que contaban los sucesos extraordinarios vividos por grandes personajes o personas excepcionales. La gente corriente o de vida ordenada y normal no escribía memorias, en todo caso diarios privados rara vez escritos pensando en su publicación, ni nadie escribía biografías de esas personas porque la vida corriente y moliente no parecía digna del relato biográfico, si acaso aporta un material necesario para el teatro y la novela realistas.

La novela, por otra parte, es básicamente ficción, pero *Ordesa* no es una ficción porque narra la atormentada vida interior de su autor bajo su existencia normal y corriente. Los sucesos aparecen desdibujados –Barbastro,



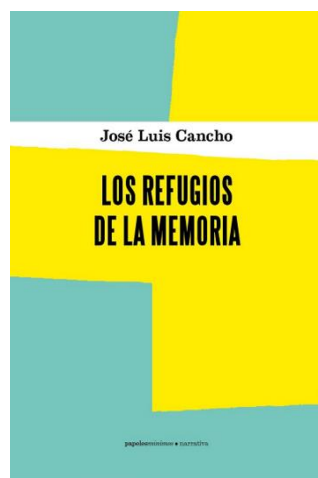
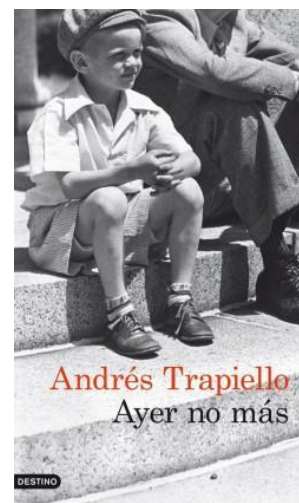
Tertulias Literarias

Madrid, la explotada vida de viajante del padre, las manías de la madre, un divorcio, unos hijos, una profesión docente-, el caudal narrativo lo aportan las emociones y sentimientos entrelazados con los sucesos, desde los más nimios –limpiar una cocina, la visita de un hijo, el viejo coche de su padre o los muebles de su madre- a los irremediables de la muerte de los seres queridos y la premonición de la propia. El yo es una criatura muy frágil, la conciencia de una vida leve y vulnerable, ansiosa de un amor que resulta temporal, incompleto, distante y elusivo. Lo demás es importante, pero no colmará ese vacío.

La revolución literaria y la vida de cualquiera

Convertir la vida cotidiana y las emociones del autor-protagonista en creación literaria es una revolución. Y Manuel Vilas no es el único en ese empeño, al contrario: hay pruebas de que desde hace algunos años la literatura está cambiando profundamente, quizás porque también nuestra experiencia de la conciencia ha cambiado profundamente. Es posible que eso signifiquen también las críticas (elogiosas) de *Ordesa* que lo califican como “el libro de una generación”. Quizás seamos más conscientes de que no es posible vivir aferrados a las seguridades tradicionales de la familia y la vida social, a las promesas de la política o la cultura, con sus esperanzas de trascender. El resultado son libros perturbadores, y no poco impúdicos (en el buen sentido), donde un autor desnuda su intimidad para los demás.

Pensemos por ejemplo en la narración de sus propios días que hace Andrés Trapiello en las entregas anuales del excelente *Salón de Pasos Perdidos*, obra normalmente comparada con la publicación de diarios personales, pero cuya diferencia respecto al género tradicional de memorias se capta mejor comparándola con *Ordesa*. Otra novela de Trapiello, *Ayer no más*, abordaba el conflicto entre memoria personal e historia en torno a la Guerra Civil con la perspectiva anti épica y anti historicista tan característica de esta nueva literatura del yo. Hay más libros: tenemos el último de Fernando Aramburu, *Autorretrato sin mí*, que bucea en su mundo privado de sentimientos “sin piedad pero sin psicoanalizarme”, como dice el autor señalando de paso algunas claves fundamentales de esta literatura, distanciada con gran libertad de los viejos paradigmas teóricos explícalo-todo (por cierto, los monólogos interiores de las protagonistas de *Patria* siguen también esta vía tortuosa de la memoria sin concesiones).



Hay otros menos conocidos en la misma dirección. Por ejemplo, *Los refugios de la memoria*, de José Luis Cancho: este librito es el relato autobiográfico de una auténtica juventud antifranquista en el seno del PCE en la Universidad de Valladolid, la posterior captura, procesamiento y encierro en la cárcel y de sus miserias, más los años inmediatos de la liberación y el liberador abandono de la política, e incluso de la renuncia a la consoladora seguridad en el empleo de maestro público en la isla de La Gomera. Cancho ofrece una historia llena de humor y voluntariamente despojada de toda épica, justificación ideológica y apología personal, pese al indudable derecho a reivindicarse como un resistente real a la dictadura (a diferencia de la legión de los imaginarios).



Tertulias Literarias



Esta literatura emergente (o quizás ya emergida del todo) es internacional. Tenemos la monumental sucesión memorística de *Mi lucha*, por el momento [cinco novelas del noruego Karl Ove Knausgård](#), impresionante tour de force narrativo con la propia vida sin quitarle ni un gramo de la humana vulgaridad en todos los sentidos (quizás podría hablarse al respecto de cierta épica de la existencia al desnudo). O la excelente introspección emocional y existencial de la novelista Siri Hustvedt [La mujer temblorosa o la historia de mis nervios](#), que además es un magnífico paseo por los desvaríos de las teorías sociales acerca de la sexualidad y la psicología femeninas.

Algo ha cambiado profundamente en nuestra manera de contemplarnos y de entender la vida propia y la de todos, y estos libros lo están mostrando. Y además de una nueva comprensión de algo tan importante, nos regalan una experiencia sin la cual no hay auténtica literatura: el placer incomparable de leer narraciones espléndidas.

Fonte: <https://www.elasterisco.es/ordesa/#.YHcwPTAzbc>

Para saber más:

[La España que era y ya no es, retratada en “Ordesa”, de Manuel Vilas \(Clarín, 2019\)](#)

[Entrevista con Manuel Vilas en elDiario.es, 2018](#)

[“Ordesa”: reseña por Nadal Suau \(El Cultural, 2018\)](#)

[Videorrelato de Manuel Vilas a propósito de “Ordesa” para WMagazin \(2018\)](#)

[‘Sin Cobertura’ acompaña al escritor Manuel Vilas al Parque Nacional de Ordesa \(Televisión de Aragón, 2020\)](#)

*O copyright das imaxes utilizadas pertence aos/ás seus/súas respectivos/as autores/as

